

VENANCIO, sin acabar de resignarse.

Bien, señor... Ello es que...

EL CONDE

¿Todavía refunfuñas? Debiste, desde que te lo dije, asentir con delicadeza obsequiosa. ¿Será preciso que te lo mande?... Por poco me apuras (golpeando el brazo del sillón). ¡Oh, triste cosa es para mí ser huésped de mis inferiores! Venancio, quiero someterme al destino, quiero olvidarme de mí mismo, y no puedo, no puedo. La autoridad es esencial en mí. Por Cristo, súfreme ó arrójame de mi casa, quiero decir, de la tuya.

VENANCIO

Eso no... (Viendo venir al Cura.) Ya tiene Vuecencia aquí á su amigo D. Carmelo.

ESCENA IX

EL CONDE, VENANCIO; EL CURA, hombrachón de buen año; de aventajadas dimensiones, enormemente barrigudo, sin carecer por eso de cierta agilidad y soltura de miembros. Su cara es arrebolada, su boca risueña, su nariz como pico de garbanzo, sus ojos pillines. Usa gafas de un azul muy claro, que se le corren sobre el caballete. Viene á palo seco, es decir, sin balandrán, por ser buen tiempo. Es limpio, y la sarga de su sotana, pulcra y reluciente, ciñe y modela sin arrugas la redondez del abdomen, bien atacados todos los botoncitos que corren desde el cuello hasta la panza. Usa gorro negro alto, con caída de fleco, y paraguas de reglamento, que así le sirve para

el sol como para la lluvia. Entra en la casa y en la habitación presuroso metiendo bulla, y se dirige al Conde con los brazos abiertos.

EL CURA

¡Carísimo amigo y dueño, D. Rodrigo de mi alma!...

EL CONDE, abrazándole.

¡Pastor Curiambro, ven á mis brazos!... Pero, hijo, ¡qué gordísimo estás!... No me cabes... ¿ves? no me cabes... Me cuesta trabajo poner en tu espalda las palmas de mis manos.

EL CURA

¡Qué sorpresa tan grata, qué alegría!

EL CONDE, tocándole.

Pero, chico, ¿es tuyo todo esto? ¿Es ésta tu barriga, ó te has traído por delante el púlpito de tu iglesia?

EL CURA, riendo.

Es que en esta tierra, Sr. D. Rodrigo, de nada le sirve á uno hacer penitencia.

EL CONDE

¿Penitencia tú? ¡Hombre, qué cosa tan rara!... En fin, siémpre que des gusto á tus feligreses...

VENANCIO, lisonjero.

Tenemos un párroco que vale más que pesa.

EL CONDE

¿Y de salud, bravamente? Tu cara... (Observándole.) Pues, mira, te veo, te veo bien. ¡Como eres tan grandón! ¡Ah!... me permitirás que te tutee, á pesar del tiempo transcurrido.

EL CURA, con modestia suma.

¡Señor Conde, por amor de Dios!...

EL CONDE, muy cariñoso.

Bien, Carmelo; bien, *Pastor Curiambro*. Siéntate á mi lado. ¡Cómo corren, ¡ay! cómo se escabullen los pícaros años! Tú... á ver si acierto... andarás en los cincuenta.

EL CURA

Andaba en ellos... dos años ha.

VENANCIO

Como yo. Somos del mismo tiempo.

EL CONDE

No podía ser menos. Tenías veintiséis cuando...

EL CURA

Cuando murió mi padre. Á la generosidad del señor Conde debí el poder terminar mi carrera de Teología y Derecho.

EL CONDE, con natural delicadeza.

Pues, mira tú, de eso no me acordaba.

EL CURA

¡Ah, yo sí!

EL CONDE

¿Te acuerdas de aquellas merendonas del Soto de Aguillón? Desde entonces, te profeticé que serías *la première fourchette de l'Espagne*.

EL CURA, riendo.

Era un tenedor tremendo, sí, sí...

EL CONDE

¿Y sigues con la higiénica costumbre de comer copiosamente, y de digerir clavos?

EL CURA

Ya no soy ni sombra de lo que fui; pero todavía...

VENANCIO

Todavía... si el caso llega, no deja mal puesto el pabellón.

EL CONDE

¿Te acuerdas de cuando apostabas con Valentín, el escribano de Verola, á quién comía más?

EL CURA, riendo á carcajadas.

Y siempre le gané, siempre.

EL CONDE

Un día de vigilia... Venancio, no lo creerás, pero es verdad... le vi comerse una langosta de este tamaño, entera y verdadera, detrás de un arroz con pescado y marisco... y delante de docena y media de torrijas.

EL CURA

Esos tiempos pasaron.

VENANCIO

Pero hasta hace poco... yo recuerdo el día de la jira en Novoá... su postre era un queso de bola, enterito.

EL CONDE

¡Lo que yo gozaba viéndole comer!

EL CURA

Me tranquiliza sobre ese punto la opinión de San Francisco de Sales, que dice: «Lo que entra por la boca no daña al alma.»

EL CONDE

Y tenía razón.

ESCENA X

DICHOS; GREGORIA, vestida para salir.
Trae servicio de café.

GREGORIA

Aunque el señor no lo ha pedido, como sé que le gusta tanto el café... (Lo pone en la mesa.)

EL CONDE

¡Oh, qué bien!... Tu previsión, hija mía, es muy de alabar. Carmelo, te sirvo...

GREGORIA

Las señoritas están concluyendo de arreglarse. En seguida nos iremos.

EL CONDE

Que no se entretengan; ya será hora. (Al Cura, sirviéndole azúcar.) A ti te gusta dulzón, si no recuerdo mal.

EL CURA

¡Qué memoria tiene usted!

EL CONDE

No siendo para los favores que me hacen, también la pierdo, como la vista.

GREGORIA

¿Se le ofrece algo más al señor?

EL CONDE

No... Gracias. (Vase Gregoria.)

EL CURA, paladeando el café.

¿Y qué?... Señor Conde, ¿qué le parecen á usted sus nietecitas? ¿No las había visto después de su regreso de América?

EL CONDE

No.

EL CURA

Son angelicales... ¡Y qué lindas, qué gracias! Se le meten á uno en el corazón... Verlas, tratarlas y no quererlas, es imposible. (El Conde, ensimismado, calla. Durante la pausa, D. Carmelo le ob-

serva.) Dios ha hecho en ellas una parejita encantadora, para regocijo y orgullo de su madre... y de usted.

EL CONDE, como volviendo en sí.

¿Decías?... ¡Ah! Sí, son hechiceras las chiquillas.

EL CURA, queriendo sonsacarle el motivo de su estancia en Jerusa.

Comprendo la impaciencia de usted por verlas. Al santo anhelo de conocer á sus nietas y abrazarlas, debemos el honor de tenerle en Jerusa...

EL CONDE

Yo he venido á Jerusa, principalmente, por...
(Á Venancio, con autoridad, pero sin altanería.) Tú...

VENANCIO

¿Señor?...

EL CONDE

Haz el favor de dejarnos solos. (Vase Venancio.)

ESCENA XI

EL CONDE, EL CURA

EL CURA

Ya me dijo Senén que la Condesa y usted se habían citado aquí... (Su solapada curiosidad quiere apoderarse del pensamiento del Conde, tomándole las vueltas.) Aquí pueden ventilar con toda calma

las cuestiones de intereses... (Pausa. El Conde no dice nada.) O las cuestiones de otra índole, cualesquiera que sean.

EL CONDE

Volviendo á las niñas, te diré, querido Carmelo, que han producido en mi alma una impresión hondísima.

EL CURA

¿De alegría?...

EL CONDE

Sí... Estas alegrías pronto las convierto yo en intensísima tristeza, agobiado como me veo por crueles desgracias, perseguido de pensamientos revoltosos, obra de esta fiebre de análisis que traen consigo la experiencia del mal, el excesivo tesón de mi carácter, los años, la ceguera misma... Figúrome que no me entiendes, mi buen Carmelo, y has de permitirme que por ahora no te diga más.

EL CURA

Francamente, me he quedado en ayunas.

EL CONDE, con humorismo.

¿En ayunas tú?... No lo creo.

EL CURA

¿Tienen algo que ver esas tristezas, que sin duda son nerviosas, con el porvenir de las señoritas?

EL CONDE, rehuendo entrar en el asunto.

No sé... Déjame que te diga otra cosa. Mi primera impresión al verlas y oírlas, fué... claro que fué excelente, de gran regocijo y orgullo, como has dicho. Creí notar una perfecta consonancia, igualdad más bien, en el timbre de sus voces. Como no veo bien, sus rostros me han parecido como dos reproducciones exactas de un mismo tipo. ¿Serán, por ventura, iguales también sus caracteres, sus almas?

EL CURA, después de un ratito de perplejidad.

¡Oh, no, Sr. D. Rodrigo! Ni son iguales sus voces, ni sus caras, ni menos sus caracteres.

EL CONDE, con gran interés.

Pues siendo distintas, la una será forzosamente mejor que la otra. Dime, tú que las has tratado y visto bien, ¿cuál de las dos es la más inteligente; cuál la de corazón más puro, recto y generoso?...

EL CURA

Difícil es, á fe mía, la respuesta. Ambas son buenas, dóciles, inteligentes, de corazón hermoso y nobilísimo... algo traviesas, eso sí; pero observantes de la ley del pudor, muy firmes en los principios elementales, temerosas de Dios...

EL CONDE

Todo eso es lo que hay en ellas de común: comprendido. ¿Y qué las diferencia?

EL CURA

Pues discrepan... Verá usted... Dolly toma la iniciativa en las travesuras; Nell parece más inclinadita á las cosas graves, más previsora... Dolly es una imaginación viva, una voluntad impetuosa; Nell, una naturaleza reflexiva, más fija y constante que la otra en sus aficiones; Dolly, divagando, muestra pasmosas aptitudes para la vida práctica; Nell, haciendo diabluras, nos deslumbra con destellos de asombrosa inteligencia... ¿Pero qué he de decirle yo al señor D. Rodrigo, si en cuanto las trate familiar y diariamente, usted ha de conocerlas y diferenciarlas mejor que nadie?

EL CONDE, dejándose llevar de su sinceridad.

De eso trato; á eso he venido.

EL CURA

¿Ha venido á...?

EL CONDE

Á estudiarlas, á intentar un análisis detenido de sus caracteres... Las razones de esto no está bien que las sepas por ahora... (Variando de tono.) Oye, Carmelo, ¿por qué no te quedas hoy á comer conmigo? Gregoria no te tratará mal...

EL CURA

La conozco... y sé lo que vale. Pero sin perjuicio de tributar á Gregoria en otra ocasión los honores debidos, hoy, lo que es hoy, señor Conde de Albrit, se viene usted á mi casa á hacer penitencia con *este cura*.

EL CONDE

Acepto, sí, señor, acepto... ¿Á qué hora?

EL CURA

Á la una y media en punto.

ESCENA XII

EL CONDE, EL CURA; EL MÉDICO, joven, pequeño, de conjunto simpático y mirar inteligente. Viene de levita y sombrero de copa, el cual revela en su forma ser prenda de respeto, usada tan sólo de año en año, en ocasiones muy solemnes.

EL CURA

¡Oh, mediquillo, ven!... (Presentándole.) Salvador Angulo, nuestro médico titular.

EL CONDE, estrechándole la mano.

Muy señor mío.

EL MÉDICO

Vengo á ofrecer mis respetos al Señor de Jerusa y de Polan...

EL CONDE, recordando.

Angulo, Angulo... espérese usted...

EL CURA

Es hijo de Bonifacio Angulo, aquél que llamaban aquí por mal nombre *Cachorro*, guarda de los montes de Lain.

EL CONDE

¡Oh, sí!... *Cachorro*, hombre sencillo y un tanto rudo... servidor fiel... Le recuerdo perfectamente. (Le da otra vez la mano, que el médico le besa.)

EL CURA

Y no habrá olvidado el Sr. D. Rodrigo que á este chico le costeó la carrera en Valladolid.

EL MÉDICO

Por lo cual, debo al señor Conde lo poco que soy y lo poco que valgo.

EL CONDE

De eso no me acordaba... mi palabra que no me acordaba.

EL CURA

Pues ha de saber usted... no es porque esté delante... que este chico es una notabilidad... pero una notabilidad, en la ciencia médica.

EL MÉDICO

Por Dios, D. Carmelo...

EL CONDE, muy cariñoso.

Bien, hijo mío, dame un abrazo. (Le abraza.) Me permitirás que te tutee. No puedo corregir este hábito de familiaridad desde que entro en Jerusa. (El médico asiente con mudas demostraciones de respeto.)

EL CURA

Y ya, ya sé por qué vienes tan pitre, cañamoncito de Jerusa.

EL MÉDICO

Me han nombrado de la comisión que ha de recibir á la señora Condesa de Lain... Dispénseme, señor Conde, si después de saludarle con el debido respeto, me retiro...

EL CURA

Hijo, no hay prisa todavía.

EL CONDE

Sí, sí: ve, anda.

EL CURA

Oye, Salvador. En cuanto se acabe la función, una vez que el pueblo desfogue su entusiasmo con un poco de pólvora y cuatro berridos, y suene en los aires la última simpleza del discurso que ha de pronunciar D. José Monedero, te vienes corriendito á casa, y tendrás el honor de comer con el señor Conde y conmigo.

EL MÉDICO

Bien, bien. ¡Qué honra tan grande!

EL CONDE, con alegría.

¡Qué feliz coyuntura para consultarle con tanta calma...!

EL MÉDICO

¿Un padecimiento?

EL CONDE

No es eso. Tú conoces á mis nietecillas; las habrás asistido en alguna dolencia.

EL MÉDICO

Nell y Dolly disfrutan de una salud enteramente campesina y plebeya. Las he visitado para indisposiciones sin importancia.

EL CONDE

Pero que á ti, como perspicaz observador, te habrán bastado para conocer sus temperamentos, qué afecciones prevalecen en cada una, qué predisposiciones patológicas se marcan en una y otra naturaleza... porque de seguro habrá diferencia grande en la complexión, en la constitución anatómica y fisiológica de las dos chiquillas. No sé si me explico.

EL MÉDICO

Perfectamente. Pero hasta hoy no he tenido ocasión de determinar entre una y otra notorias diferencias.

EL CURA

En fin, ya tendrán ustedes ocasión de hablar largo y tendido. (Suena un cohete.)

EL CONDE, estremeciéndose.

Ya está aquí.

EL MÉDICO, con mucha prisa.

Ya llega...

EL CONDE

Anda, hijo, anda.

EL MÉDICO

Con su permiso... No necesito decirle... Humildísimo, incondicional servidor... (Suenan más cohetes.)

EL CONDE, al Cura.

¿Y tú, no vas, Carmelo?

EL CURA

Indefectiblemente tengo que asomar las narices por allí. No diga la Condesa que soy descortés...

EL CONDE

No eche de menos la población figura tan culminante en esta clase de ceremonias.

EL CURA

Sí, sí... Me voy. Cuidado, señor Conde. Á la una y media en punto.

EL CONDE

No faltaré. De las pocas cosas que me quedan, una es el respeto, la religión de la puntualidad. (Óyese música lejana.)

EL MÉDICO

Hasta luego.

EL CONDE

Divertirse... (Vanse el Cura y el Médico.)

EL CONDE, solo, meditabundo.

¿Me ayudarán éstos en mis investigaciones?...
¿Se penetrarán del espíritu de rectitud, del sen-

timiento de justicia con que procedo?... (Con desaliento.) Lo dudo... Viven en ambiente formado por las conveniencias, el egoísmo y la hipocresía, y cuando se les habla de la suprema ley de honor, ponen cara de asombro estúpido, como si oyeran referir cuentos de brujas. Si no me auxilian, trabajaré yo solo. El viejo Albrit se basta y se sobra. (Suenan más cerca la música y el rumor popular.) ¡Ah! Ya llega, ya entra en Jerusa Lucrecia Richmond... Ya estás aquí, bestia engalanada, estatua viva, deshonestá! ¡Cuánto deseaba yo esta ocasión!... ¡Tú y yo solos, frente á frente! (Se asoma á una ventana.) No sé quién es peor: si tú que paseas impune por el mundo tu desvergüenza, ó un pueblo servil y degradado que te festeja y te adula. (Óyense campanas.) Repican por ti... y luego tocarán á la oración. (Furioso, gritando en la ventana, hacia afuera.) ¡Pueblo imbécil, esa que á ti llega es un monstruo de liviandad, una infame falsaria! No la victorees, no la agasajes. Apedréala, escúpela.

FIN DE LA JORNADA PRIMERA